

Más bien que continuar la existencia que arrastro lejos de ella, junto á ti, preferiría morir, romperme el corazón con eso, mira...

— Ricardo, hijo mío...

El quiso arrebatarle de las manos las tijeras de podar, pero más rápida y diestra, la madre las arrojó al fondo de la estufa, en un montón de plantas y flores marchitas.

VIII

— No, no puede V. figurarse lo que me cansa este llamamiento de todos los instantes á mi voluntad, para las cosas más sencillas, para enderezarme, para sentarme, para quitarme ó ponerme el sombrero; lo que en V. es un gesto automático, necesita en mí el esfuerzo, la leva de todas mis reservas... Salir de la cama por las mañanas, masticar cuando estoy en la mesa, acabar la frase que he tenido la desdicha de empezar, todo se convierte para mi infeliz esqueleto en un acto, en un tormento... Sentémonos, pues estoy sudando de haber venido hasta aquí apoyado en su brazo.

Esto se decía en Granburgo una tarde, en el terrado que cae al río. El maestro Juan, compasivo y resignado detrás de sus anteojos, pasea desde la hora del almuerzo, de un banco á otro, los lamentos del duque de Alcántara, procurando decirle

las palabras de consuelo distraídas con que se mece el mal de los incurables.

— Sin embargo, señor duque, ayer montó V. á caballo y Carlejo afirma que se mantenía V. bien en la silla.

— ¡ Qué broma ! Fuí en coche hasta la halconería con la duquesa, y allí se me ocurrió galopar un poco en la yegua del guarda general, que es muy mansa. Á los cinco minutos ya estaba yo en un foso, donde el coche me fué á buscar, dándome por contento de no haber dejado allí los huesos. Así monté... Es que ya no tengo fuerzas, y que si olvidara un solo instante decirme: « quiero vivir », pues bien, no viviría.

Las facciones cárdenas del general se abandonaron con expresión de cansancio y de agotamiento mientras cerraba los ojos y descansaba la cabeza contra un enrejado cubierto de glicinas y jazmines encarnados. En el parque se oían los gritos y los paletazos de una partida de lawn tennis, oculta detrás de un bosquecillo, á través del cual se ven pasando como relámpagos las boinas blancas y los movibles ropajes. Una risotada, más alegre, más ruidosa, más triunfante que las otras, sacó al general de su adormecimiento.

— ¡ Oye V. á su antiguo discípulo jugando con todas las Ester y las Rebeca del palacio de Me-

rogis? Ah, ese no padece...; Qué bien ríe! Y de pronto, con la voz sombría y muy dura, añadió: « Me da espanto ese muchacho, me produce el mismo vértigo que un abismo. ¿ Y V. puede comprenderlo? ».

El maestro Juan murmuró:

— Me parece... Creía que se ha enmendado... que vuelve á su puesto y á su deber.

— Sí, por fuerza... La verdad es que V. no sabe el fin de la aventura. La duquesa no quiere que se cuente porque el joven no aparece ahí con colores muy brillantes; pero yo no tengo esas debilidades maternas. Así pues, le diré que una mañana cayó en el cuarto de los enamorados ese viejo tunante de Alejandro, á quien habíamos encargado de vigilar al marido. « Ahí viene, sálvese el que pueda, » dijo con un trémolo á propósito para el caso. La dama coge miedo, pues sabe que su hombre, tardo en moverse, también es violento como un búfalo y de cuernos duros. Debo decir que el niño se negaba á marcharse, mostrando valor; pero Alejandro lo llama á parte y le dice: « No hay marido ninguno; son tonterías. Pero está V. sin un cuarto, gracias á la ruleta, con un yacht, una mujer y tal vez un chiquillo encima. Aquí tiene V. recursos; váyase con el barco y déjeme, que yo me encargo de

librarlo de la hembra. » Conociendo á nuestro enamorado, ya puede V. imaginarse con qué júbilo aceptó. ¡ Un lío de tres meses, demonio! Despidióse llorando de la novia y, mientras Alejandro la ha conducido á Bretaña, él, para despistar á Barba Azul que se acerca, se embarca en su yacht y declara que hará vela para un pequeño puerto del Morbihán, donde su querida debe esperarle y le espera todavía. Creo que ni aún nosotros lo hubiéramos visto en mucho tiempo si su yacht no se hubiera perdido una noche á tiro de las Baleares. Así es que regresó cabizbajo, con el bolsillo vacío... Pleito con el armador, indemnización á la tripulación, gastos de ruptura, todo esto exigía mucho dinero. Aproveché, pues el momento para apretarle los tornillos y lograr que se alistara como voluntario. Pero lo incomprendible, lo siniestro de la cosa es que no ha tenido una palabra ni un pensamiento para la que le ha dado la vida y que hace un mes se desespera en el fondo de la Bretaña.

El maestro Juan, desolado, estupefacto, miró por encima de sus anteojos.

— ¿Cómo, todavía ignora?

— No, Alejandro ha debido arreglar el asunto y creo que se deleita en darle largas. Es un perro tan malo... Pero callemos, que viene ahí la duquesa.

Ésta llegaba por el fondo del terrado, dando pasitos cortos, muy de prisa, con el cutis y los cabellos más amarillos que de costumbre, bajo su elegante tocado de jardín.

— Te buscaba, dijo á su marido, muy bajo y muy de prisa, y le entregó una carta abierta... Lee la que acabo de encontrar en el correo de Carlos. El sello de Draveil me ha advertido.

Primero á media voz y después mentalmente, el general leyó unas cuantas líneas de provocación que Ricardo Fénigan mandaba á su hijo. « Sabía que era V. un pillete, pero sería además un cobarde si ahora que es soldado... » Las largas manos que mantenían la epístola se impacientaban.

— Juegue V., gritó en esto una voz fuerte y viril en el césped. El general acabó la lectura y dijo gravemente.

— Después del encuentro de ayer en el bosque, era de esperar.

La duquesa dió un salto de indignación.

— Todo el dinero que ya he dado, que estoy dispuesta á dar aún ¿ acaso no le basta á esa gente?

— En la vida no todo se arregla con dinero... Por lo demás, el marido no ha cobrado nada. Le han robado su mujer y se enfada; me parece

natural y considero muy difícil que Carlejo no vaya con él al terreno.

— ¿Pero estás loco?... ¿No me has dicho que Ricardo Fénigan es de primera fuerza á la espada y á la pistola?

— ¿Y qué hacer? Tu hijo es soldado; lo insultan y tiene que batirse.

— No le enseñaré la carta.

— Recibirá otra más ultrajante todavía.

— Iré á ver á la madre.

— Te recibirá como tú la recibiste. No, sólo hay un medio de impedir que Carlos se bata en duelo.

— ¿Cuál? preguntó la duquesa ansiosamente.

— Ir yo en lugar suyo.

Un relámpago de esperanza brilló en la mirada de la mujer, que calculaba sus fuerzas; pero no tardó en alzar los hombros.

— ¿Tú, pobre amigo? Pero si no puedes tenerte en pie... No, lo más sencillo será escribir á su coronel, nuestro primo Boutignán para que le llame inmediatamente al cuartel. Quería evitarle las grandes maniobras; pero prefiero que se marche...

Una pelota de tennis llegó rodando á sus pies y el oloroso cortinaje de hojas y ramas se apartó para dejar paso á la mano del joven príncipe, que

presentaba el cuello desnudo saliendo de un justillo de franela blanca, ciñendo su esbelto talle con un ancho cinturón de faya; su cara estaba encarnada y su cabellera húmeda de sudor. Sonrió al ver el vivo movimiento de la duquesa, que ocultaba la carta y dijo:

— Por aquí huele á misterio.

Recogida la pelota con un revés de su pesada paleta, desapareció entre las ramas, dejando maravillados á sus padres y maestro con su ligera y elegante apostura. Los tres tuvieron el mismo pensamiento, que la madre formuló en estas palabras:

— ¿Una joya semejante y consentir que me la deterioren?... Me voy á escribir á Boutignán.

Solo ahora con Juan, el general se levantó con ademán enérgico.

— Voy á ver, déjeme V., dijo.

En pie y vacilando en su sitio, púsose de perfil cuadrando los pies, quiso levantar su bastón, apuntar á la voz de mando; pero al abrir los brazos estuvo á punto de venirse al suelo, y así hubiera ocurrido de no sostenerlo el profesor, que le ayudó á sentarse.

— ¡Un desafío en estas condiciones! murmuró el pobre hombre limpiándose la frente bañada de sudor y sus ojos que vertían llanto. Después de un silencio añadió:

— ¡ Qué bien me ha dicho que no podía tenerme en pie!... ¡ Cuán fácil era distinguir en su acento el desprecio de la mujer hacia el marido que ya no puede defenderla, ni á ella ni á sus hijos!

Y mientras hablaba, con la mirada en el suelo, oíanse resonar en el parque las risas y los saltos de pelota de una partida alegremente emprendida.

El príncipe dormía aún, al día siguiente por la mañana, cuando el correo llevó á Granburgo una carta certificada con timbre de Draveil. Habíase dado orden á todos los porteros de que no llegara nada á Carlejo sin pasar por las manos de su madre, que, después de firmar el recibo, leyó otra carta de Fénigan, más insultante aún que la primera. No habló del caso con nadie y llamado Carlejo aquel mismo día á Melún por despacho de su jefe, sintióse más tranquila cuando durante el almuerzo del día siguiente llegó otra misiva de Ricardo, dirigida esta vez al padre, y con una copia de los ultrajes enviados al joven príncipe : « ¿ Qué le parece al Sr. duque de Alcántara? ¿ Se conducirá tan cobardemente como su hijo? »

La duquesa, sentada frente á su marido, se extrañaba de no verle comer. Érale imposible sostener el tenedor, de tanto como temblaban sus dedos. En vez de contestar á su mujer, le enseñó las dos cartas que acababa de abrir. Ella echó una

ojeada sobre aquellos insultos dirigidos á los suyos, y tranquila ahora que consideraba en seguridad á su hijo, replicó :

— Es ridículo ; demasiado sabe que no puedes batirte.

— No lo sabe, pues anteayer me vió á caballo.

— Entonces debió verte en el suelo, pues no estuviste mucho en la silla. Además, la gente se explica. Mandaré á Juan para que le vea.

Los anteojos del profesor mariposearon como delante de una tocata de violoncelo demasiado difícil.

— Tienes razón, dijo el general tranquilizado súbitamente.

¡ Infortunado maestro Juan ! Cuán lejanos le parecían los días en que su violoncelo pasaba el Sena en el bote de Chuchín, entre las dos casas. La quinta de Uzelles, antes tan alegre y animada, parecía desierta ahora, principalmente desde que la Sra. de Fénigan y su hijo no se veían ni se hablaban después de una explicación violenta. Ricardo ocupaba otra vez su cuarto en el Pabellón, donde le servían la comida y donde pasaba el día. Sin los disparos secos y regulares de una pistola de salón, nadie habría sabido que estaba allí. La madre redoblaba su actividad y su vigilancia, iba del corral al huerto, y continuaba dando pesadum-

bres á su jardinero y á sus lirones; y en lo duro de su voz, de su andar, en el furibundo chocar de sus llaves resonaba el grito de su orgullo herido, el ultraje á su ternura maternal. « Después de cuanto he hecho por él, que todavía me prefiera esta perversa mujer, eso... »

Su indignación no hallaba palabras suficientes, sobre todo cuando recordaba la expresión de aquella boca febril y crispada, que le escupía al rostro la injuria y el odio. ¡Y aquel era su hijo, su Ricardito!

— Se engaña V. prima, decía con suavidad la buena Elisa, mientras le ayudaba á recoger la fruta caída de los manzanos, cortados á manera de rucas en las orillas de las alamedas, su hijo la adora, le ha hablado á V. en un momento de ira, pero estoy segura de que si V. quisiera...

La orgullosa madre se alzaba dejando caer las manzanas á sus pies:

— Nunca... no me conoces. ¿Humillarme ante mi hijo? Preferiría morir. El es quien debe pedirme perdón.

— ¿Quién le dice á V. que no piensa en ello? Si me permitiera V. que le hablara, que tratara de verle.

La madre sonreía de lástima:

— Perderías tu tiempo, pobrecilla, no sabes lo

que hay que decirle; eres demasiado honrada para esto.

En el fondo le tenía rencor á la muchacha. Elisa lo comprendía perfectamente y ante aquella pena, olvidando su fracaso, sentíase inútil, molesta y hablaba de volverse á Lorient, sin que la madre supiera hallar una palabra que la detuviese. Por su parte Ricardo era víctima de la más terrible de sus crisis de celos y no pensaba sino en vengarse y matar. Dos oficiales, antiguos compañeros de estudios, acuartelados en las cercanías, estaban dispuestos á servirle de padrinos, y nuestro marido pasaba las horas ejercitándose, acechando el correo y la contestación á sus provocaciones, cuando una mañana se le presentó el maestro Juan, tartamudeando y lleno de temor; nada tiene de particular, pues lo que el músico veía, aquellas pistolas, aquellos cartones agujereados de balas, lo mismo que su recado, eran realmente extraordinarios. Al fin se explicó: « el general no pedía otra cosa que ocupar el puesto de su hijo actualmente en las maniobras militares; pero la debilidad de sus piernas no le permitía mantenerse en pie, y contaba con la generosidad de Fénigan y de sus padrinos para obtener ciertas condiciones.

— ¿Quiere batirse á caballo? preguntó Ricardo con voz que daba estallidos.

— No, sentado... Si no me engaño d'Elbée murió fusilado durante las guerras civiles de la revolución en una silla. El duque propone un duelo de esta clase en una de las dos quintas, á quince ó veinte pasos.

Ricardo interrumpió brutalmente :

— Eso está bien para enfermeros ; diga V. al general que esperaré al regreso de su hijo, un mes, seis semanas, lo que fuere preciso ;... con quien deseo batirme es con ese joven canalla y si nada lo decide á aceptar el combate, lo esperaré en medio del camino, en una encrucijada y lo mataré. Y repitió varias veces la frase : « lo mataré, lo mataré... » haciéndola entrar en la memoria del maestro Juan como á martillazos... Así fué que el preceptor pasó dando tumbos la pequeña puerta de dos escalones situada por la parte del bosque, donde la madre de Ricardo lo esperaba hacía ya un momento. Al verla el pobre hombre exclamó torpemente :

— Ah, señora, cuánto tiempo hace que no tengo el gusto...

Pero ella le interrumpió de prisa y, señalando al Pabellón, preguntó :

— ¿ Que ha venido V. á decirle ? ¿ Qué daño más quieren hacernos esas gentes de Granburgo ?

— Pero señora, es Ricardo... nosotros no.

Entonces contó, medio ahogándose, las cartas recibidas en el palacio, el espanto de la duquesa.

— Ya se lo dije, contestó la Sra. de Fénigan con aire orgulloso... ; Ruege V. á Dios que nuestros hijos no se encuentren !

Una frase del maestro Juan la hizo reflexionar :

— La desgracia es ciega, señora, y puede castigarla á V. tanto como á nosotros ; créame V., calme á su hijo. ; Tiene V. sobre él tanta influencia !

— Ya no tengo ninguna. Esa horrible mujer se ha llevado al marcharse el afecto, la confianza de mi hijo. ¿ Creerá V. que desde hace tres días ?...

Callóse por temor de llorar, cosa que por nada quería ; las lágrimas debilitan y ella necesitaba de todo su ánimo, de todo su orgullo frente al hijo rebelde.

Salieron hablando de la callejuela forestal y tomaron por el camino de Corbeil ; ella iba sin sombrero, debajo de su sombrilla, como si hubiera estado en su parque. Las personas de la comarca que encontraban, vestidas todas como los domingos, se volvían sorprendidos.

— ¿ Qué hay esta mañana ? preguntó el violoncelista. Al venir he oído la campana de la Pequeña Capilla, y sin embargo, estamos en semana.

— Algún aniversario de ese viejo loco, y la Sra.

de Fénigan alzó los hombres, pues conservaba rencor á Merivet por la discusión de la última comida, atribuyéndole la súbita aversión de Ricardo á Elisa y al divorcio.... Así es que como pasara cerca de ellos al salir de su iglesia, la madre contestó apenas y con mucha sequedad á los ceremoniosos saludos que le hacía el vejete, vestido de negro, con guantes negros, de luto riguroso por la mujer amada, cuyo vigésimo primer cabo de año celebraba aquel día.

— El perdón de todas las infamias, la remisión de todos los crímenes, he ahí lo que se predica en esta iglesia, decía la madre, señalando con su sombrilla al blanco oratorio situado á orillas del camino; y querrían que yo entre ahí, que forme yo parte de esa parroquia. Muchas gracias; que venga mi hijo si quiere á la iglesia del buen cabrón — y esto lo dijo muy alto — yo no pondré ahí nunca los pies.

— Ah, señora, señora, suspiró el músico pensando de pronto en el mensaje de muerte que llevaba... ¿Qué va á ser de nosotros, si V. no puede ya nada sobre su hijo? Quiere matar.. matar...

— Que empiece por su mujer; sería una buena obra.

— Señora...

— ¿Cómo, también V. la defiende? ¿Qué les ha

dado á ustedes todos de beber esta gran perdida? Ah, sí, es la música, los duos, como Ricardo, pum-pum-pum, y luego esa gazmoñería que pasa por debilidad y dulzura... los hombres gustan tanto de figurarse que protegen... Ah, la canalla que me ha robado mi hijo. Si estuviera aquí, si yo la cogiera..

— Le tendría V. lástima, contestó maestro Juan con un guiño de ojos detrás de sus anteojos, como para atajar el golpe que acababa de relampaguear en la mirada de la Sra. de Fénigan; usted es muy buena y ella muy desdichada. Pero la madre, por toda respuesta, saludó ligeramente y poniendo punto á la conversación, dióle la espalda y se volvió á la quinta de Uzelles.

La verja de la iglesia seguía abierta. ¿Qué movimiento súbito y contradictorio, qué cambio inconsciente de todos sus sentimientos le hicieron penetrar allí? Tal vez las palabras del anciano Merivet á las criaturas infortunadas: « entrad y arrodillaos; ahí está el secreto de la dicha. » Lo había afirmado con tal certidumbre; y un momento antes, cuando el monomaniaco cruzaba el camino ¡ se leía en su rostro expresión tan acabada de bienestar y de alivio!...

Entró, atraída por la media luz después de la claridad excesiva de fuera, paseó su arrogante

mirada por las desnudas paredes, matizadas acá y acullá por el reflejo de las vidrieras de color, que estaban todas cerradas, menos la del fondo, muy alta, muy ancha, situada sobre el altar y que marcaba un trozo de cielo azul cruzado por unas palomas.... Oh, aquel cielo tan profundo, tan conmovedor.... Casi sin quererlo se arrodilló y la humilde oración recomendada, el Padrenuestro de los pobres vino á sus labios, que olvidaban las demás fórmulas. « Perdónanos, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores... » De la dura roca salieron en el acto torrentes de lágrimas. Fué una expansión, un alivio de todo su ser, en que se vió, se juzgó, recorrió toda su existencia.

Sí, Ricardo tenía razón. El orgullo y la necesidad de la dominación la guiaban y echaban á perder sus actos todos; sí, su marido y su hijo á quienes no obstante quería, habían padecido por su culpa. Tal vez con una suegra más afectuosa, Lidia la huérfana habría vivido dichosa en su hogar. Pero se hubiera necesitado en la Sra. de Fénigan mucha indulgencia y un corazón de piedad y perdón. Dábase ahora cuenta de todo esto y también de lo que le faltaba por intentar: una cosa muy difícil, pero puesto que Dios acababa de inspirarla, sin duda ayudaría á su realización. « Padre nuestro, que estás en los cielos.. »

Un prolongado suspiro, lanzado cerca de ella, le advirtió que no estaba sola en la iglesia. Su vista, acostumbrada ya á la oscuridad, distinguió unos cuantos pasos más lejos á una pobre mal vestida, harapienta y sucia, que oraba arrodillada, con un paraguas de algodón negro y un paquete á su lado. La antigua Sra. de Fénigan no gustaba de los mendigos; parecíale degradante la caridad, y nunca le ocurría dar un cuarto ni un migajón de pan fuera de sus tradicionales lunes de limosna. Era este uno de los artículos de su código personal, un perpetuo tema de disputas con su nuera cuando ambas salían en coche. « Ah, si Lidia hubiera podido ver ahora, desde el olvidado rincón del mundo donde escondía su miseria y su falta, á su implacable suegra que se acercaba á la pobre y le preguntaba: « ¿ Es V. de aquí? » ¡ qué estupefacción y qué esperanza!... Pero la mendiga no contestaba. Rendida por el cansancio, se había dormido rezando, echada sobre sus talones vueltos. Lejos de indignarse según hubiera hecho otras veces y de despertar brutalmente á la que tan mal sabía estar delante de Dios, la Sra. de Fénigan se sintió llena de inmensa lástima y sacando de su ridículo el portamonedas que chocabá en el fondo con las llaves, sin abrirlo, sin mirar cuánto había dentro, púsolo sobre el paquete

de la pobre. Para los que conocían á la madre de Ricardo, aquel movimiento de caridad desordenada era aún más extraordinario que las resoluciones íntimas y nuevas que sacó de su estancia en la capillita.

Al verla salir, Napoleón Merivet, que hacía un instante se paseaba en su pequeño cercado de amapolas, lanzó una exclamación de alegría:

— ¡Vd. aquí, señora! ¿era V.?... Oí mover las sillas; pero jamás hubiera pensado.....

— En efecto, es un verdadero milagro; pero los milagros no deben asombrarle á V, añadió con franca sonrisa. Y después, mientras abría su sombrilla para evitar el ardiente sol del día, añadió:

— Sr. Merivet, tengo que pedirle un favor... He de ausentarme por algunos días, y siento en el alma dejar á Ricardo solo, sobre todo en las circunstancias crueles...

Bajo sus cejas, pobladas como bigotes, el viejo sonreía con aire de malicia.

— ¿Solo?... ¿Y la prima?

— La prima vuelve á Bretaña y yo me voy con ella.

— ¿V. á Bretaña? ¿Qué va á hacer allí?

— Aun no sé... Una inspiración que acabo de tener ahí dentro.

Sin preguntar más, el viejo le dijo con ademán expansivo:

— Ya sabía yo que V. es una buena, una excelente mujer y que sólo el maldito orgullo....

— Pero, Sr. Merivet, para mi hijo y para todo el mundo, yo voy á acompañar á Elisa y nada más. Si pensara lo contrario, Ricardo se formaría tal vez ilusiones prematuras.... quiero ver por mí misma, antes de nada.

— Su hijo no sabrá ni esperará sino lo que V. quiera. Durante su ausencia, lo vigilaré, como á las gentes de Granburgo; y si no fuere capaz de impedir las grandes tonterías, tengo aquí al buen Ceres que á la dulzura de San Francisco une sus puños de arcángel.... Respondo de su hijo.

— Gracias, contestó la madre conmovida. Iba á alejarse, cuando al ver el gesto que el anciano hacía para cerrar su iglesia, se detuvo diciéndole:

— No cierre V., hay todavía gente; una pobre que se ha dormido rezando.

El pequeño Napoleón alzó orgulloso la frente:

— Esta es la iglesia de todo el mundo. Apenas se abre la puerta, siempre hay alguna miseria que pasa y que entra para pedir asilo. No la desperitemos, ya cerraré más tarde. ¿Había alguien más?

— Sí, uno que he dejado en un rincón y que

espero no volver á encontrar.... mi orgullo, mi maldito orgullo... replicó la Sra. de Fénigan sonriendo, sin parecerse ya en nada á la arrogante persona que había entrado en la Pequeña Capilla unos minutos antes.

IX

Después de larga correría á través de la Francia, un ansioso y poco directo viaje dirigido por el Sr. Alejandro, con estaciones, vueltas, precauciones variadas, disfraces novelescos, la condesa Lidia, ó sencillamente la condesa, acompañada por su guía y su doncella, varaba una noche de Setiembre en la fonda de la *Princesa de Lamballe* de Quiberón. Lo bajo del techo, lleno de mo-
ho y un mosquitero sofocante sobre una cama barco-
roída por la carcoma, le hicieron pasar una noche pesada y sin sueño ; después, al toque de maitines, abrió su ventana sobre un cielo brumoso, y la pequeña plaza gris delante de la iglesia romana de pórtico aplastado, la vista de los viejos-bretones que se saludaban en la bruma con gruñidos de foca, le oprimieron el corazón, dándole como el presentimiento de la innoble comedia que le representaban.